

DICKENS

DOMBEY É HIJO

PR4559

.A67

L3

v. 1





1020028677



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Dombey é Hijo

N

Núm. Clas. _____
Núm. Autor D54812
Núm. Adq. 29083
Procedencia - 8 -
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

CARLOS DICKENS

Dombey é Hijo

NOVELA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

I.-L. LAPUYA



TOMO PRIMERO

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

año 1625 MONTERREY, MEXICO

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

098591 (29083)

823.
D.

PR4559
A67
23
Vol.



FONDO
RICARDO CEDARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO CEDARRUBIAS

Preliminar del Traductor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Me guardaré de entrar en críticas de la obra de Dickens en general y de *Dombey é hijo* en particular. No estoy autorizado, literariamente, para una empresa semejante, que supondría el dominio de la literatura inglesa, al menos en dos tercios del siglo último. Que Dickens ha sido uno de los novelistas más leídos, más agasajados del público, es cosa bien sabida. Es evidente que Dickens debió en parte su gran reputación á la exactitud con que supo pintar la sociedad inglesa de su tiempo. Ya sería esto suficiente para que el nombre de este famoso autor pasara á la posteridad, como ha pasado. Pero en la obra de Carlos Dickens hay algo más valioso que la pintura de costumbres, algo más profundo, menos nacional y, por consiguiente, más extenso y comprensivo, y es el análisis de caracteres humanos. Tratándose de traducciones, cuando seguramente las bellezas de estilo quedan, como Cervantes dijo, en el estado de tapices flamencos tornados del revés, los caracteres son los que vigorosamente subsisten: pasiones, virtudes, alegrías, penas hechas espíritu y carne, simbolizadas en tipos

tomados de la realidad, fortalecidos, engrandecidos luego por la acumulación de atributos, que es la obra del artista.

En su Prefacio dice el autor que mister Dombey es una realidad y que sus pasiones se encuentran en la vida. Entre, pues, el lector confiadamente en la lectura de este libro: verá la realidad, embellecida por la imaginación, pero viviente y poderosa.

Mas no me he permitido escribir este preliminar para decir lo que precede. Quería yo decir solamente algunas palabras acerca de la época en que está escrita esta obra. Se trata del año 1846 — Dickens tenía entonces 34 años. — ¡Cuán lejos de nosotros se encuentra ya la sociedad de aquellos tiempos! Hasta en la conservadora Inglaterra, la vieja Gran Bretaña, han cambiado los usos y costumbres. Ya no transitan por la metrópoli londonense caballeros de casacón y de peluca, de frac azul ó pardo con botones dorados; ya no cruzan por calles embarradas empleados de comercio, camino de su oficina de la City, montados á caballo: el capitán Cuttle, que pronto conocerá el lector, sería hoy de una indumentaria ridícula. El ferrocarril, cuyos comienzos presencié Dickens, — y mucho más que sus comienzos, naturalmente, puesto que nuestro autor murió en 1870, — pero, en fin, cuya inauguración es de la época en que se desarrolla este libro, nos parece de una sencillez encantadora, con sus trenes á veinte kilómetros por hora y sus locomotoras arrojando las cenizas al paso. ¿Quién conocería hoy el barrio *Stagg's Gardens*? Hasta las inmediaciones de la Bolsa, aun conservando su carácter de antaño, su aspecto mercantil y naviero, no tienen ya fragatas como la *Tártara* ni muestras como el *guardia marina*, que el lector ha de conocer en

seguida. Sin embargo, si el transeunte lo desea, aún puede hallar en los escaparates, si no modelos de fragatas, á lo menos modelos de transatlánticos ricamente construí los; aún se encuentran por los alrededores « negociantes de provisiones para naves »: aún en ciertos rincones del *Upper Thames Street* se agarra á la garganta el olor de la brea, y allí, camino de la Custom-House, bajando por Fis-Hill, todavía se encuentra la ciudad tal como pudieron conocerla Solomón Gills, el óptico, y Bunsly, el marino.

De lo que ya no queda rastro es del romanticismo en sentimientos y afecciones. Pero arcaísmo es este que sirve, en nuestra vida de hoy, de punto de reposo.

Para concluir, dos palabras acerca de los diálogos. El traductor de cualquier lengua, de casi todas, al castellano tropieza siempre con una dificultad fastidiosa. Ya lo hizo notar nuestro don Eugenio de Ochoa en su *Paris-Londres-Madrid*. En lengua castellana no hay modo de traducir, corrientemente, *miss* ó *mademoiselle*, *místress* ó *madame*. Y no lo hay porque en castellano se usa el nombre de bautismo, de preferencia al apellido. ¿Quién es capaz de decir « la señora Rodríguez », para nombrar á la esposa de un señor Rodríguez, por ejemplo? « La señora de Rodríguez », pase, hablando con tercera persona; pero á ella misma, ¿quién se dirige en estos términos: « cómo está usted, señora de Rodríguez? » Jamás, así no se habla en castellano. « Señorita Rodríguez » es manera de llamar en un colegio. En la conversación se usa comúnmente el nombre de bautismo: « ¿Cómo está usted, doña María, cómo está usted, Emilia, cómo está usted, Luisita? » Así es el uso. Pero resulta, en cierto modo, poco respetuoso. Nos

hace falta el *miss*, el *mademoiselle*. No ignoro que alguna parte de América — el Perú — se suele emplear *misa*: «misa María.» Aun así, este anglicismo acompaña al nombre y no al apellido.

En suma, el traductor no puede dar viveza al diálogo, no puede conservar su carácter, si suprime las referidas cortesías. Por mi parte he resuelto la dificultad en esta obra dejando el *mistress* (abreviatura Mrs.) y *miss*, señora, señorita. Y de igual manera no vacilo en decir *mister* (abreviatura Mr.) por señor ó por don, siempre que me parece desacertado emplear señor ó caballero.

No creo que se modifique el estilo por el cambio del *vos* y el consiguiente paso del verbo á la tercera persona del singular como lo exige el *usted* castellano. Ni tampoco lo modifica el empleo del *tú*: en familia, entre parientes próximos, no se usa por nosotros el *usted*... á no estar enfadados.

Algunas notas me han parecido necesarias: son pocas, y el lector las hallará en su punto.

Es cuanto tenía que decir, presentando al atento lector todas mis excusas.

Prefacio del Autor

No vacilo en creer que la facultad — ó si se quiere decir de otro modo, el hábito — de observar, de manera perfecta, los caracteres de los hombres, es una facultad nada común. Yo no he encontrado fácil, dentro de mi experiencia, aquella facultad — ó hábito — de observar, de manera perfecta, los diferentes aspectos del hombre, ni en general ni en particular uno de ellos cualquiera. Los errores que en este punto se cometen, y son muy corrientes, provienen, á mi modo de ver, de confundir la timidez con la arrogancia y en no entender que ambos modos de ser mantienen perpetua lucha entre sí mismos.

La lucha sostenida por mister Dombey, descrita en este libro, no es una concepción violenta, comparada en la vida real. Se halla profundamente penetrado del sentimiento de injusticia; cuanto más quiere reprimirse más impetuoso se revela este sentimiento. Una impulsión de vergüenza íntima, con más las circunstancias externas, necesariamente llevan á que estalle el conflicto un día; pero van pasando años,

entretanto, y sólo después de prolongadas vacilaciones viene el triunfo.

Comencé este libro hallándome junto al lago de Ginebra; lo proseguí en París antes de tornar á Inglaterra. La asociación entre el escritor y sus creaciones es en mí fortísima. En mi imaginación he estado viendo los peldaños de la escalera de mi pequeño *guardia marina*: podría jurar que he contado los bancos de la iglesia donde contrajo matrimonio Florencia; conozco las camas de los muchachos que estudiaban en casa del profesor doctor Blinder. Lo único que no acierto á imaginar, sino confusamente, es la posibilidad de que el capitán Cuttle se separase por sí mismo de *mistress Mac-Stinger*, huyendo á través de las montañas de Suiza... Mientras pensaba en la desventura de aquellos que se hallaban á merced de las olas, vagaba mi recuerdo por las frías calles de París en aquella noche de invierno. Y mi corazón estremeci6se de dolor la noche que escribí el capítulo en el cual mi amiguito y yo nos separamos.

DOMBEY É HIJO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPÍTULO PRIMERO

"ALFONSO REYES"

DOMBEY É HIJO 1925 MONTERREY, MEXICO

Dombey estaba sentado en un sillón, cerca de las cortinas de la cama y en un rincón oscuro del cuarto. Su hijo, bien abrigado, puesto en una canastilla, se hallaba encima de un canapé, frente á la chimenea encendida y muy cerca de ella, como si su constitución fuera la de un delicado pastel y en primer término importara que tomase color, mientras estaba tierno.

Dombey tenía cosa de cuarenta y ocho años. Su hijo cosa de cuarenta y ocho minutos. Dombey era algo calvo, algo carirrojizo, y aunque á primera vista parecía bastante bien plantado, se advertía que era pomposo y rígido. Su hijo estaba enteramente calvo, enteramente rojo y, por supuesto, se le veía delicado y fino, un poco arrugadillo y con manchas. En la frente de Dombey, el Tiempo y su hermano el Cuidado, habían dejado algunas huellas, leñadores insensibles que al pasar por la selva humana señalan el árbol para su corta en el buen tiempo. En el rostro del hijo cruzaban y se entrecruzaban pequeñísimos surcos, como si el falaz tiempo se complaciera en